

Con el permiso del Hno Abad, le saludo a él, a D. Manuel nuestro Director nato, a la Junta de seises, y en ellos a todos y cada uno de los hermanos de la cofradía... y también a todos los presentes.

Mis primeras palabras son de gratitud, no por protocolo, sino por cariño sincero... ¿cómo no agradecer este encargo, esta encomienda de pregonar ante mis Hermanos de Jesús (y mis propias hermanas...).

Por estas fechas, cuando hace décadas que no vives en León, esperas, con un gusanillo especial, que el cartero te traiga noticias de la Cofradía, como quien desea saber de sus seres queridos, conocer cómo están, qué es lo que hacen, qué novedades podrán contar... saber si todo estará como siempre, en su sitio...

Lo mejor de las cosas importantes es que están como esculpidas, varían muy poco, porque el paso del tiempo las ha ido haciendo cada vez más profundas, cada vez más auténticas... Pero claro, si a esa inquietud por recibir noticias, le sumas que al abrir el Saluda del Abad ves que este año quien pregona eres tú mismo, pues crees que todo es un sueño...

Sí, ser papón -para un niño de León- es un sueño (yo sigo siendo un niño, bajito y calvo... como cuando nació...); ser de los negros es un sueño..., llevar la cruz o un farol o una bandera o tocar un instrumento o ser bracero es un sueño...más que eso... Por tanto, cómo no va a estar uno agradecido al Abad -¡¡¡gracias Nacho!!!-y a los hermanos, a su familia y a Dios, porque han hecho de uno mismo un papón de León...

Para nosotros, hermanos estaréis de acuerdo conmigo, el año no comienza en enero, sino el lunes de Pascua (aunque me atrevería a asegurar que para nosotros comienza el Viernes Santo por la tarde...). Y el año se nos hace muy largo, porque eso que hacemos desde el Viernes de Dolores hasta el Viernes Santo se nos escapa como el agua entre las manos, en un instante. Nos pasamos el año queriendo salir en procesión, y todo acaba súbitamente cuando, al son de alguna marcha especial que interpretan nuestros hermanos, vamos enfilando los últimos metros, y entramos en Santa Nonia exhaustos con nuestras cruces, cada uno con la suya..., y todo acaba cuando oímos ese último toque sobre las andas del trono para dejar nuestras oraciones y nuestras fuerzas en el suelo junto a nuestro paso...

En ese momento, dulce, como el Nombre de Jesús, y amargo, como su Pasión, en ese instante sin fuerzas, pero con la alegría de haber hecho lo que tocaba, nos damos algún que otro abrazo y también somos conscientes de la nada que somos cada uno, y de la gloria que es vivir, y trabajar, y esforzarse rodeado de hermanos que comparten sus alegrías y sus penas, todos con el mismo y único fin...

Por más que nos empeñemos, ninguno de nosotros hace la procesión. La procesión se hace en cada uno de nosotros, porque todos somos uno. Si cierro los ojos puedo sentir y revivir este ser uno cuando, a las órdenes del seise, levantamos el paso y comenzamos a rasear, y el trono va suave, mecido, sin sobresaltos, como si flotara. Se nos salen las ganas por los hombros -por lo menos hasta llegar a la curva de la calle Hospicio-... y cuando perdemos las fuerzas, sólo el calor de los hermanos y la ayuda del cielo nos mantienen en procesión...

Salir y llegar a Santa Nonia..., aquí comienza todo y también acaba. En cada Viernes Santo no termina un día, una semana, ni un año siquiera, sino que parece que se nos va aquello que por

dentro nos mantiene vivos... Cuando terminamos la procesión es como si nos faltara el aire... Y a mí me da una rabia...

Pero un año, el año en que mi hijo Guillermo salió por primera vez, con unos meses -había nacido el octubre anterior... su chupete era más grande que el escudo de la túnica...- me di cuenta de dos cosas, que vosotros ya sabéis, pero me atrevo a recordáoslas. La primera, que la procesión de verdad no acabará nunca, nos lo dice nuestra fe, lo vivimos con esperanza y lo amamos de verdad. Y la segunda, que en nuestras procesiones no falta nunca nadie, porque los que no pudieron salir ese año, porque estaban enfermos, o porque su trabajo se lo impidió, o simplemente porque ya no tienen fuerzas -algunos ya no tenemos casi fuerzas-..., los llevamos con nosotros en la memoria, pasan lista con los que estamos allí; y los que se fueron para siempre, todos esos papones que tenemos en el cielo, tampoco faltan a la llamada de la Ronda... su alma sale con nosotros, en nuestros cuerpos, y nos dan ánimos, y nos prestan esas fuerzas que a ellos ya no se les acaban, porque viven en el Nazareno.

Pregonar es decir algo a voces... proclamar... hacer saber... informar... anunciar... pues bien, eso que aquí, ahora, en nuestra Santa Nonia yo os anuncio -con una voz que tiembla-, eso que os quiero anunciar es como el toque de nuestra esquila, porque está llegando la hora. Lucas en su *Evangelio* dice: "levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación" (21, 28).

Levantaos... hermanitos de Jesús que ya es hora...

Alzad la cabeza...

Se acerca nuestra liberación...

Estas son las palabras que el mismo Nazareno les dice a sus discípulos, y nos las dice hoy a ti y a mí...

Levantarse no es salir de la cama... cómo nos cuesta conciliar el sueño la noche anterior, ¿verdad?...

Es levantarse enterrar el egoísmo y rezar como en el *Huerto de los Olivos* para que no se haga nuestra voluntad sino la de Dios Padre.

Es levantarse abandonar la comodidad y dejarse detener, como en el *Prendimiento*, aún sabiendo que tenemos y queremos luchar hasta el final.

Es levantarse ofrecer cada latigazo que la vida nos da como lo hace el mismo Jesús en la *Flagelación*.

Es levantarse renunciar a la vanidad y dejarse humillar, como en la *Coronación* de espinas, por amor.

Es levantarse acoger esa fragilidad que es un don del cielo, que nos permite luchar contra la soberbia de ese Pilatos que se empeña en señalar al *Ecce Homo* y se atreve a condenar a un inocente, a sabiendas de que es inocente...

Es levantarse reconocer la poquedad que somos y ver que necesitamos, también nosotros, de una *Verónica* que nos enjuge el rostro, aunque no seamos dignos.

Es levantarse dejar de estar apegados a las cosas y vivir el *Expolio* de lo que nos pertenece en justicia y compartirlo.

Es levantarse *crucificar* nuestro orgullo, que no nos deja ver las necesidades de los demás.

Levantarse es ser papón... Y eso es un don, no es un logro, no es un objetivo, no es un mérito... es algo que nos han regalado, es una gracia de Dios que nos ha llegado a través de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros amigos... también de desconocidos que veíamos desfilar por las calles de León mientras nosotros les mirábamos atentos, en silencio, desde una acera comiendo un barquillo...

Por todo eso... hemos de alzar la cabeza, que es tanto como dejar de mirarnos al ombligo...

No quiero alargarme, pero sí compartir que somos papones gracias a otros... y esto es muy bonito, porque va más allá de nuestra propia voluntad. Ahora que todo el mundo quiere ir a su bola, a nosotros lo que nos da vida -como papones- es ir a la bola del Nazareno...

Y es el propio Jesús quien nos muestra que somos papones, porque somos para otros...

Por eso alzar la cabeza es mirar las virtudes de los demás y no enredar con sus defectos.

Alzar la cabeza es conocer las necesidades de quienes nos rodean y hacer algo, no quedarse mirando de brazos cruzados... La obra social de la Cofradía y sus proyectos debemos sentirlos como nuestros, porque así es. Aún más, eso que llamamos obra social o es fruto del amor o no es nada...

Alzar la cabeza es admirar la verdad, el bien, la belleza.

Empezando por la belleza de nuestros pasos, que son un signo claro de esa belleza sobrenatural de Dios... tantos cuidados, tantas ganas, tantos esfuerzos, tanto gusto... tanta belleza...

Pasando por el bien de ser cofradía, que es el bien de la hermandad, que es un tesoro, porque no hay mayor bien que querernos unos a otros... ¿No os da mucha alegría encontraros con quienes no habéis visto en todo el año y daros un achuchón fuerte, fuerte...? Eso no es otra cosa que una prueba del amor que el Padre nos tiene.

Y terminando con admirar la verdad, la Verdad de ese Dios que se hizo hombre y que tiene un rostro; para nosotros un rostro tan concreto como el de Jesús Nazareno, ese Jesús que cuando le miras al salir cada mañana de Viernes Santo sus ojos te dicen: no te vayas nunca de mi lado, permanece conmigo, persevera, mete el hombro, cuida de tus hermanos... no va a ser fácil, pero te necesito junto a mí...

Alzar la cabeza... es mirar el cielo de León -no para ver si va a llover y podemos salir de Santa Nonia...-, sino para dar gracias, porque en ese cielo de León y en sus calles lleva viviendo Nuestro Padre Jesús Nazareno desde 1611 y hoy -como antes a nuestros hermanos desde el siglo XVII-, y hoy como entonces, nos toca ser no sólo hijos de de Nuestro Padre, sino buenos hijos de Nuestro Padre...

Se acerca nuestra liberación: ser buenos hijos de Dios. Nuestra liberación no consiste en otra cosa...

Por eso ponerse la túnica es para nosotros algo sagrado, por eso nuestras madres, hermanas, familias... las cuidan y custodian como oro en paño...

Pero no basta con cuidar la perfección exterior de nuestras túnicas y capillos, sino que todo eso nos hace ver que estamos llamados a cuidar la perfección interior.

Debemos de ser dignos de revestirnos con la túnica del Dulce... que es la más austera, la más sencilla, y para nosotros la más auténtica, por eso está coronada de espinas...

Procesionar no es pasear, es decirle al Nazareno: aquí tienes un Cireneo, aquí tienes más de cuatro mil de Cireneos...

Ahora me paso la vida contando historias a otros, pero la primera vez que hablé en público ante mucha gente fue también en una iglesia, y no puedo olvidarla. La recuerdo muchas veces, porque, aunque no lo creáis, siento el mismo pudor que hace cuarenta años. Era en Salamanca; estudiaba filosofía; un compañero de la universidad estaba organizando un via crucis en la iglesia de María Auxiliadora, y necesitaba un 'comentarista' para la quinta estación: el Cireneo ayuda a llevar la Cruz de Jesús... Yo ya era bracero de San Juan... Al pensar en el Cireneo, cerré los ojos y lo único que podía ver era el amanecer en Santa Nonia, y escuchaba las notas de la banda, y, de pronto, salía Jesús con la cruz a cuestas y detrás de él Simón...

Cuando vas debajo de San Juan -con permiso de los braceros de otros pasos- caes en la cuenta de que tu sitio es el mejor de la procesión (y si eres el puntavara...)... porque vas entre la *agonía* de Cristo y el *dolor* de su Madre.

Sientes que en ningún otro lugar/momento de tu vida eres más útil que en ése..., porque te puedes pasar horas y horas intentando aliviar el sufrimiento de uno y la angustia de la otra.

Levantaos, alzad la cabeza, se acerca nuestra liberación...

En las procesiones salimos a acompañar, a consolar, a hacer penitencia y, paradójicamente, resulta que somos nosotros los que regresamos a casa acompañados, consolados, limpios...

Por eso nos cuesta tanto terminarlas, por eso nos duele tanto que se acabe la procesión... Pero no debería ser así, porque, hermanos..., la procesión no termina nunca... tenemos que seguir acompañando, consolando, pidiendo fuerzas... cada día... a todos... para todos... por cada uno...

Los papones del Dulce vivimos en procesión, lo que tenemos que procurar es ser verdaderamente dignos de ponernos nuestra túnica, porque eso nos compromete a llevar la corona de espinas bordada no en la tela negra, sino en el corazón.

Gracias Abad...

¡¡¡Buena procesión hermanos!!!

Hno. Ricardo Isidro Piñero Moral



Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno

FUNDADA EN 1611

C/ Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno nº 2 24003 LEÓN

www.jhsleon.com • jesusnazareno@jhsleon.com • Tfno: 987 263 744